C. S. Peirce: 
UNA TEORÍA TRIADICA DE LA PERCEPCIÓN

Lucía Santaella Braga
(Universidad Pontificia Católica de São Paulo)

Hasta hoy, casi para finalizar el siglo XX, todas las teorías de la percepción que conocemos son dualistas. En efecto, en el caso de la percepción, es difícil rechazar la evidente dualidad que existe entre el que percibe y lo que es percibido. Por eso el título mismo de este trabajo me obliga a iniciarlo con una pregunta: ¿en qué medida la teoría de la percepción de Peirce es un avance en relación con el pasado y hasta qué grado es todavía original?

El panorama retrospectivo planteado por la pregunta ya ha sido cubierto en un valioso estudio de R. J. Bernstein (1964), y yo comenzaré con una cita que sintetiza con gran claridad la confusa naturaleza de la pregunta. Berstein nos dice lo siguiente en sus escritos de 1868:

Peirce atacó dramáticamente al cartesianismo, al que consideró el cáncer de la filosofía moderna. Trató de echar por tierra de un solo golpe los motivos interrelacionados que constituyen el cartesianismo: la dualidad ontológica de mente y cuerpo; el individualismo subjetivo implícito en la última apelación para dirigir la verificación personal; el método de duda universal que se suponía nos debía conducir a verdades infalibles; la doctrina según la cual el lenguaje y los signos son un disfras externo del pensamiento; la doctrina para la cual la vaguedad es irreal y el esfuerzo filosófico debe ser el de conocer clara y distintamente una realidad completamente determinada; y lo que es fundamental, la doctrina según la cual podemos romper el miasma de nuestro lenguaje o sistema de signos y tener un conocimiento intuitivo y directo de los obje-
tos. Esta última afirmación es lo que Peirce dice ser el corazón del cartesianismo y el dogma central de la filosofía moderna (pp. 165-166).

La vehemente oposición peirceana a Descartes no proviene simplemente de la nada. En efecto, esto sólo fue posible porque Peirce ya tenía una alternativa en mente. A primera vista esta alternativa anti-cartesiana parecería llevarlo muy de cerca del punto de vista hegeliano y de las formas más sofisticadas del Idealismo. Pero uno de los más profundos discernimientos peircanos es que los idealistas habían perdido un aspecto esencial que los empiristas tradicionales ya habían intentado rescatar: “el hecho de que por medio de la percepción se nos impone un mundo que no es de nuestra propia creación o una creación de lo Absoluto” (Bernstein 1964: 167). Sin embargo, al tomar en cuenta este elemento compulsivo en percepción, los empiristas ingenuamente dieron por sentado aquello que está fuera del mundo. ¿Cómo entonces puede uno colocar por una parte la incuestionable tesis idealista de que los perceptos, imágenes o datos percibidos no deben confundirse con juicios perceptivos que, de cualquier manera, son esencialmente parecidos a juicios de cualquier otra clase; y, por otra parte la tesis empirista de que hay un ingrediente compulsivo en juicios de la percepción? ¿Cómo podemos encontrar una via media entre estas dos partes opuestas? “Veremos que la irreductibilidad de la secundariedad en la percepción y la acción es la clave donde Peirce trató de encontrar una via media entre el empirismo y el racionalismo, idealismo y realismo ingenuo” (Bernstein 1964: 167).

Después de esta ojeada hacia el pasado, el estudio de Bernstein pasa al siglo XX e intenta recontextualizar la posición de Peirce en la confrontación con el desarrollo intelectual contemporáneo. Una vez más, Bernstein confirma en este contexto que hasta la fecha la teoría peirceana es todavía actual, junto con su originalidad:

...el “nuevo” clima filosófico se caracteriza por una tendencia contextualista en la que la “unidad” epistemológica dominante ya no está en datos sensoriales o simples relaciones fenoménicas, sino estructuras con ceptuales y juegos de lenguaje dentro de los cuales nuestros datos perceptuales deben ser analizados y comprendidos. Ha surgido un nuevo relativismo lingüístico que tiene una semejanza muy grande con el “viejo” idealismo. Pero ese idealismo está fracturado, porque en lugar de abarcar todo un sistema mo-
nístico, tiene muchos sistemas, esquemas conceptuales o juegos de lenguaje. La terminología y énfasis de “esta forma de palabras” es nueva, pero muchos de los argumentos tienen sus prototipos en los escritos de los idealistas.

Los puntos débiles de esta nueva variedad de idealismo no están tanto en lo que dice, sino en lo que omite. (...) Lo que importa no está en el énfasis que damos a los modos en que se determina nuestra concepción del mundo por los esquemas conceptuales que empleamos, ni en la insistencia en que nunca podremos esperar a escapar de estos esquemas para conocer la realidad en sí; sino que debemos tomar en cuenta la compulsión, las obstinaciones, las brutalidades y la objetividad que son tanto una parte de nuestros enfrentamientos con el mundo. El esfuerzo por reconciliar ideas opuestas es el rasgo distintivo de la teoría de la percepción de Peirce, y este esfuerzo es característico de esta total perspectiva filosófica (pp. 168-169).

La teoría de la percepción de Peirce no se construyó en su totalidad de una sola vez. Más bien todo lo contrario: Peirce se tropezó con numerosos atolladeros debido a los aspectos conflictivos de la percepción misma. Estos conflictos los fue resolviendo poco a poco a través de los años, de tal manera que es posible tener un panorama claro de la forma en que los obstáculos fueron gradualmente superados sólo a través de un conocimiento más general de la obra de Peirce. Cualquier intento para comprender esta teoría de la percepción a partir de fragmentos aislados nos conduce inevitablemente hacia contradicciones sin resolución, y da la sensación de que la teoría no es más que un patch-work mal cosido de partes sin relación alguna. A mi modo de ver las cosas, cualquier esfuerzo para comprender la idea de la percepción de Peirce que se base en una visión fragmentaria de su trabajo terminará en esta situación poco satisfactoria. Sin subestimar la importancia de parte de la bibliografía existente sobre la teoría de la percepción de Peirce, como Pape (1981), Almender (1980, 1970), Randsell (1979) y Thompson (1963), pongo énfasis en el trabajo de Bernstein porque para mí es la opinión más clara y coherente acerca de los caminos seguidos por Peirce y los resultados que obtuvo con respecto a la percepción.

Pero no es el propósito de este estudio entrar en detalles minuciosos sobre el desarrollo histórico de la teoría de la percepción de Peirce. La idea es llamar la atención hacia el hecho de que, al presuponer la cuestión de la percepción, la noción de objetos dinámicos libera
a la semiosis peirceana de las trampas del idealismo sin incurrir al mismo tiempo en el peligro de caer en un realismo ingenuo. A este respecto yo me limitaría a señalar los aspectos más fundamentales de la percepción con la intención de acentuar su interdependencia con el objeto del signo. Si, por un lado, la inserción de la percepción en el diagrama lógico de la semiosis ayuda a clarificar la noción de objeto del signo; por el otro, la lectura de la percepción a la luz de la tríada semiótica ayuda a clarificar la percepción misma.

**Objeto y percepción.** Sin duda para Peirce, el objeto del signo siempre es de naturaleza signica. Si bien la percepción puede constituir una puerta de entrada para el conocimiento, nunca estamos en una situación en la que cuerpo y mente registran inmediatamente un objeto que pueda tomarse como el objeto originario de la semiosis:

...es fácil ver que el objeto del signo, al que virtualmente pretende por lo menos ser aplicable, puede el mismo ser sólo un signo. Por ejemplo, el objeto de una proposición común es una generalización de un grupo de hechos perceptuales. Eso representan aquellos hechos. Estos hechos perceptuales son asimismo representantes abstractos, a través de intermediarios que no conocemos con precisión de los perceptos mismos, que pueden verse por sí mismos, y son —si el juicio es verdadero representaciones: primariamente impresiones de sentido y finalmente, de algo subyacente y oscuro, que no puede especificarse sin que se manifieste por sí mismo como un signo de algo que le subyace. Hay, pensamos y pensamos razonablemente, un límite para este signo, una realidad última, como un cero de temperatura. Pero en la naturaleza de las cosas, eso sólo puede ser aproximado; sólo puede ser representado. El objeto inmediato que cualquier signo busca representar es por sí mismo un signo (MS 599:35-36, apud Johansen 1985: 231-232).

Sin embargo Peirce pone gran énfasis sobre el predominio de secundariedad (interacción factual) en el terreno de la percepción. Así afirma:

Por lo que se refiere al objeto directo de la percepción, el perceptor, es cierto que no puede poseer una realidad totalmente desarrollada, pero ese es el verdadero ser que existe por sí mismo, independiente de algo exterior a la mente. Para decir que existe, sólo significa que reacciona. Ahora el percepto mismo se impone sobre mí, a pesar de todo esfuerzo directo por expulsarlo. Así
satisface la definición de un *existente*. Es independiente de la mente en la medida que sus caracteres no dependen de mi voluntad de tenerlos así. Pero que sólo se le conozca en su relación con mis órganos es suficientemente claro. De ningún modo contradigo la independencia de eso, a menos que se sea tan nominalista como para negar que los objetos independientes puedan ser miembros de pares de los cuales algo es verdadero. Puesto que una relación es sólo un hecho concerniente a una serie de objetos. Que el *percepción* es exterior a la mente, es un hecho; puesto que sin dejar de tomar en cuenta las diferencias de puntos de vista, otro observador o cámara fotográfica mostrará la misma cosa (L. 427:20-21, apud Johansen 1985:228-229).

Parece difícil ver ahora cómo Peirce reconcilia los dos lados aparentemente opuestos en la intersección de objeto y percepción. Para lograr esto, se debe hacer hincapié en dos puntos: primero, que aunque el objeto nunca constituye un dato desnudo, inmediatamente presente, en vista de los hechos siempre es posible continuar dividiéndolo interminablemente en capas de perceptos,

Esto no significa que el objeto como existente no pueda ejercer una influencia; en otras palabras, la serie infinita de supuestos objetos inmediatos tienen la misma infinidad que una línea sobre un pedazo de papel, es decir, puede dividirse en un número infinito de puntos (por lo menos en la imaginación). Segundo, aunque sea posible extender el análisis del objeto indefinidamente, esto no significa que sea posible hacer planteamientos exactos acerca de algo en un nivel dado (Johansen 1985:232).

Peirce nos da un excelente ejemplo de esto en uno de sus estudios (*cf.*: 8.187), empezando por la página impresa que el supuesto lector tiene ante sí. Afirma que el lector realmente percibe bien esa página a diez pulgadas de sus ojos; mientras que otro lector que está atrás de él también verá el mismo objeto, aunque cada quien lo verá desde un ángulo diferente y cada quien ve el objeto real no en su conjunto sino sólo en relación con su punto de vista literal o tropical. Así, es válido decir que dos personas están leyendo la misma página, aunque, su estructura subatómica esté constantemente sufriendo modificaciones y el ángulo de visión del lector no sea el mismo. Y así Peirce pudo postular que “el objeto inmediato de pensamiento en un juicio verdadero es real” (*cf.*: 8.17).

Debería subrayarse que, aquí se encuentra el germén de la posi-
ción peirceana con respecto a la relación que existe entre el pensamiento y la realidad, y su consiguiente concepción de lo verdadero, tal como fue elaborado con detalle en su Pragmatismo. Sin embargo, este no es el propósito de este estudio; volvamos a la pregunta inicial sobre la percepción y algunos aspectos que hasta ahora no han sido planteados.

Ya he señalado como es debido lo que es el problema epistemológico construido en la noción del objeto dinámico en su presuposición de percepción. En resumen: la percepción siempre tiene una función mediadora en la aprehensión del objeto dinámico; a este objeto sólo podemos tener acceso por medio de capas de perceptos que experimentan desplazamientos infinitos. A pesar de este hecho, el objeto dinámico ejerce una fuerza sobre cualquier representación o presentación de lo que podemos tener. Para arrojar más luz sobre esto, aquí deberíamos abrir un paréntesis.

LA TRIADA PERCEPTIVA. Con el objeto de reconciliar e integrar en un proceso coherente y lógico la dualidad intrínseca de los ingredientes de la percepción, Peirce llega a una posición dialéctica: un esquema triádico (como si pudiera ser de otra manera) el cual determina tres y no sólo dos ingredientes en cada percepción: perceptor, percipuum y el juicio perceptivo. Los ingredientes son interdependientes pero irreductibles, lo que les permite estar analíticamente aislados para el examen de sus características respectivas.

Cuando percibimos algo, estamos alertados por una dualidad esencial, en la que hay algo que está fuera de nosotros y que se nos presenta, y que no puede ser disminuido o agotado por el acto de la percepción. Percibir es percibir algo externo a nosotros. Pero nada podemos decir de lo que es externo a nosotros excepto por la medición de un juicio perceptivo. A lo que está fuera de nosotros Peirce le da el nombre de perceptor; el que nos dice lo que percibimos es el juicio perceptivo. ¿Y el percipuum? La siguiente cita aclara la posición de cada elemento:

Nada sabemos acerca del perceptor a no ser por el testimonio del juicio perceptual, exceptuando que sentimos el golpe de eso, la reacción de eso contra nosotros, e imaginamos el significado de lo señalado en un objeto, en su totalidad, —exceptuando también, desde luego, lo que el psicólogo puede comprender inferencialmente. Por el momento fijemos nuestros pensamientos en eso
y pensemos menos en el perceptor, esto es, el juicio perceptual que
donos dice lo que así “percibimos”. Por esta y otras razones, propongo
considerar el perceptor como es interpretado inmediatamente en el
juicio perceptual, bajo el nombre de “percipuum” (7.643).

Como podrá verse ahora, la introducción del término percipuum
no es meramente una sofisticación terminológica. Si aplicamos la red
de semiosis a los ingredientes de percepción, se hace evidente que el
perceptor desempeña el papel lógico del objeto dinámico, el percipuum
realiza la tarea del objeto inmediato, y el juicio de percepción actúa
como el signo-interpretante.

Con todo detalle, hay un elemento de compulsión, de insistencia
en la percepción; una insistencia enteramente irracional que corres-
ponde a la obstinación con la que el perceptor resiste en su singulari-
dad y completa nuestra atención hacia él. Eso es algo que está fuera
de nosotros, más allá de nuestro control. Podemos, por ejemplo,
volver la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos para evitar un fuerte
deslumbramiento. Sin embargo, la luz permanece, insiste, y está lista
para atacarnos nuevamente en el momento en que volvamos la ca-
beza. El perceptor es simplemente su elemento de insistencia, algo
fuera de nosotros que no podemos evitar debido al simple hecho de
que nuestro ser está equipado con sensores que demuestran su sensi-
bilidad al ser expuesto a los innumerables impulsos de “allí fuera”.
Obstinados, estos impulsos no pueden presentar modificación por
nuestra voluntad o imaginación. Pero el perceptor no afirma nada.
Todo lo que hace no va más allá de obligarnos a llamar nuestra
atención, y eso totalmente a ciegas. No está guiado por la razón.
Pero en cuanto alcanza nuestros sentidos se convierte inmediatamen-
te en el percipuum esto es, el perceptor tal como se presenta a la per-
sona que lo percibe. Eso es el perceptor tal como aparece ante noso-
tros, traducido en forma y de acuerdo con los límites impuestos sobre
ello por nuestros sensores.

De este modo el percipuum se nos impone, y se encuentra por
deabajo del plano de nuestra deliberación y autocontrol. El percipuum
se origina en nosotros y continúa circulando dentro de nosotros. Sin
embargo, en cuanto se origina llega rápidamente y es absorbido por
la redes de los esquemas interpretativos con los cuales estamos dota-
dos: los juicios de percepción. Por eso es que Peirce dice que sólo
percibimos aquello para lo cual estamos preparados a interpretar.
Nuevamente aquí los esquemas interpretativos sólo están relativamente dentro de nuestro control. No tenemos dominio sobre las operaciones mentales comprendidas en la formación de un juicio perceptivo.

Hagamos una breve revisión: el perceptor se presenta en la forma de un percipuum, para aquél que percibe; este percipuum es inmediatamente capturado en los esquemas generales de los procesos interpretativos. De esta manera hay siempre un elemento de generalidad en los juicios de percepción, en tanto que el perceptor es un *hic et nunc*, singular e irrepetible. Los principios conductores y los hábitos en los que se regula la formación de juicios de percepción llevan la singularidad del perceptor que ha de conformarse, para ser gobernado por la generalidad de los esquemas perceptuales.

Con todo hay dos cuestiones que precisamos ser elucidadas, si queremos tener una visión más fiel del panorama de la percepción de Peirce. Veamos la primera.

**Gradaciones del percipuum.** El percipuum (el objeto inmediato de la percepción, el objeto tal y como aparece al que percibe) se muestra el percibidor en una gradación de tres niveles que corresponden a las tres categorías de Peirce.

1. Como un sentimiento vago y mal definido que aparece monádicamente en la conciencia del que percibe y lo envuelve en un crepúsculo de imprecisión, una proximidad cualitativa entre la confusión y la claridad en las que encontramos resonancias entre artistas y poetas; un mero tono de conciencia porosa e indefensa que se dilata y disuelve, absorbida en la mezcla alquímica entre el perceptor y los sentidos. Este ingrediente es una constante en todo percipuum. Lo que varía es su intensidad, en la que se puede abrazar desde lo imperceptible de las olas de una infinidad difusa, sin principio ni, hasta una cápsula de sentimiento no comprometido al que nosotros generalmente llamamos el “estado poético”, el que nos puede abrumar en cualquier momento, ya sea en el elevador o junto al mar. Nada puede regular la candidez de este estado. Si acaso puede llamarlo, por eso nace de la precisión de un encuentro: la conjunción de un perceptor particular y un estado particular de la mente, ambos se juntan en la coagulación del momento justo. Esto parece tener el sabor de la eternidad, por eso su desvinculación en tiempo y espacio.
2. Como una reacción a un impulso externo que irrumpe brutalmente en los sentidos, interrumpiendo el flujo de la conciencia; una reacción a lo inesperado o excesivo, que caracteriza al percipium como defensivo, resistiendo al golpe con una fuerza equivalente. Estos son los estados de la sorpresa perceptiva, en el *hic et nunc* del conflicto. Cuando es muy intenso, estos estados ocasionan un efecto de trastorno, de sentimientos confundidos, de desequilibrio del cuerpo y una obunbilación del espíritu. Cuando son profundamente indeseables, causan un estremecimiento de aversión que corre a través de todo el cuerpo y deja el simple sabor metálico del miedo en la boca. Pero estos son casos extremos. La reacción también es un elemento constante del percipium y, en la mayoría de los casos, toma las formas del automatismo. Así que no siempre esos perceptos dominan brutalmente nuestra atención. En general, aunque demandan atención, llegan a nosotros con mucho cuidado, o más bien, previsiblemente y sin alarma.

3. Como gobernado por los principios conductores de los hábitos de la percepción. Estos principios, en sus verdaderos comportamientos, llevan el percipium en conformidad generalmente con los esquemas reguladores de acción perceptiva, en los que desemboca una interpretación o significación conferida por el juicio perceptivo. Y esto nos dice algo de aquello que es percibido.

Estos tres niveles del percipium son interdependientes y constantes. Uno u otro pueden variar en su grado de dominancia, pero en mayor o menor proporción los tres están siempre presentes. Mientras el tercer nivel resulta de una interpretación del percepto sostenida dentro de la continuidad de los procesos mentales, el primero y el segundo niveles son pre-interpretativos. La desvinculación, la fragilidad, la simplicidad de la conciencia en el primer nivel, y su amalgama entre percepto y sentimientos, no puede admitir la discriminación característica del segundo nivel, mucho menos la mediación de hábito que es característico del tercero. El segundo plano ya corresponde a la ruptura entre el egoísmo y el no egoísmo, la marca-límite entre la insistencia de lo que queda fuera de nosotros y la fuerza de resistencia que queda dentro. Así llegamos a la segunda cuestión de las dos que señalé anteriormente como una necesidad de elucidación. ¿Qué clase de juicio es el juicio perceptivo? Aquí es donde nosotros encontramos, entre otras cosas, lo que Bernstein señala como lo más original de la teoría de la percepción de Pierce en relación
a los contextos del pasado e incluso hasta el presente. Pero esto es materia para otro artículo, que por el momento debe esperar su turno.

Tr. Natividad Tepeta Vázquez
(Becaria del CILL)

NOTAS

1 Questions Concerning Certain Faculties Claimed For Man (5.213-5.263), Some Consequences of Four Incapacities (5.264-5.317), y Grounds of Validity of the Laws of Logic: Further Consequences of Four Incapacities (5.318-5.357). En este orden aparecen también los ensayos en M. II, pp. 193-282.

REFERENCIAS


